

4. Absoluto, naturaleza y antropología: el periplo de las lecciones de Schelling

MARIANO GAUDIO PÁGINA 241

Reseña de Schelling, F. W. J., *Preleções privadas de Stuttgart*, traducción, introducción y notas de Luis Felipe Garcia, San Pablo, Editora Clandestina, 2020, 165 pp.

5. La modernidad teológica

CONZALO IGLESIAS PÁGINA 251

Reseña de Di Leo Razuk, Andrés (compilador), *Tradición y modernidad de la teología política*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2020, 205 pp.

normas y políticas editoriales PÁGINA 257

editorial

En el editorial pasado nos detuvimos en el problema de las minorías para pensar una noción de Estado orgánico. Señalamos que el concepto de minoría no está anclado necesariamente en lo numérico, sino que debe ser pensado como contracara de la hegemonía y las fuerzas dominantes. De la misma manera, la mayoría tampoco es una cuestión numérica, sino que se caracteriza por ser el vector dominante de poder, opresión y exclusión y, por lo tanto, en este sentido específico, decíamos que “un objetivo central del Estado orgánico es que no exista la mayoría”. Ahora bien, el espectro de las mayorías numéricas no deja de acecharnos y convocarnos a pensar. En las condiciones de la democracia, que consideramos inherente a la esencia orgánica del Estado, lo numérico no deja de ser un tema crucial. Esto nos lleva a mirar un elemento cuya esencia es justamente el número: las elecciones. La cuestión de las minorías y las mayorías se juega allí en un plano diferente al que tomamos en el editorial anterior, pero necesariamente entrelazado (incluso a veces confundido) con él. De modo que también debe ser articulado en el concepto que estamos pensando.

El Estado orgánico no se considera exterior a la ciudadanía, sino que forma parte de un único cuerpo y una única vida, donde el potenciamiento colectivo irradia a los individuos que sólo existen como partes de ese todo. No existe una sustancia del Estado orgánico, sino que éste se caracteriza por su dinamismo y movilidad... Las identidades son precarias y no cesan de construirse, capilarmente, de forma incesante. En ese contexto, el rol subjetivante del Estado orgánico es clave, y su modulación es constante: se trata de conectar

las minorías y sus identidades en devenir, amplificando sus capacidades de actuar, de sentir, de pensar. Hay una minoría en cada una de nosotres: las minorías recorren los barrios, los hogares, las calles, son las venas por las que late la savia de nuestro ser común. Con esas vertientes se enlaza el Estado orgánico, y deviene en esa comunidad.

La soberanía propia de este Estado orgánico encuentra su expresión en el voto. Allí la totalidad de la comunidad señala quiénes conducirán el proceso, tomarán las decisiones indispensables, liderarán la gestión, dictarán las leyes, etc. Sin embargo, el voto es un corte en el fluir de la determinación dinámica de este Estado. Es el punto singular donde la tendencia puede torcerse de manera radical. Las subjetivaciones se detienen por un instante, coagulan, dando lugar al evanescente realizarse de una multitud de ciudadanas, cada cual con su perspectiva parcial, acompañada muchas veces por el sentimiento de lo absoluto. Y allí surge la cuestión que nos preguntamos hoy: ¿qué ocurre en el escenario donde la mayoría conceptual y la numérica convergen? ¿Qué ocurre cuando la mayor cantidad de ciudadanos afirma la opresión y la exclusión de las minorías conceptuales, repudia el carácter orgánico del Estado y adhiere a la absurdidad conceptual y práctica del individuo como principio y fin de la vida colectiva?

Los senderos que se abren ante esta hipótesis son todos sombríos. La primera tentación es refutar a priori esa convergencia y ponerse a explicar (a iluminar) a la ciudadanía que vota contra sus intereses (opción que puede estar acompañada por afectos diversos: el enojo, el miedo, la burla, la soberbia, la compasión, etc.). Otra opción es abrazar los valores coyunturales de las mayorías y devenir, sin más, reactivos. Aún otro camino puede ser el heroísmo resistente: nos refugiamos en nuestros valores, renunciando al poder y al aparato Estatal.

La hipótesis opuesta también es posible: que en lugar de encarnar la dominación y la exclusión, las mayorías numéricas expresen, lentamente o súbitamente, las pasiones más potentes. Mareas verdes, mareas arcoiris, mareas que festejan un Bicentenario, mareas que lloran la muerte de su ídolo mayor. Pero más allá de la evaluación axiológica que podemos hacer, la pregunta es la misma: ¿qué impulsa a esas masas a salir a la calle? Es tan incierto como qué las impulsa a luchar por su servidumbre como si se tratara de su salvación.

En este sentido, sigue siendo fructífera la actitud que aconsejaba Spinoza en su escrito postrero: ni reírse, ni burlarse, ni detestar lo que ocurre, sino pensarlo. Partimos de una posición que no estamos dispuestos a resignar y que consiste en afirmar la vocación de poder de los grandes números. Resulta fundamental, entonces, pensar la articulación entre las lógicas de la potencia y las de lo numérico.

Decíamos que un punto esencial para pensar el Estado orgánico está vinculado con la lógica de los afectos. En esta dimensión se juega una ontología de lo múltiple en devenir y de lo abierto como campo relacional y diferencial. Aquí no hay homogeneidad ni estabilidad, sino dinamismo y ambigüedad. Amor, odio, venganza, ira, resentimiento, deseo, temor, esperanza, y otras pasiones, forman parte de este suelo inestable que muchas veces deriva en identificaciones que, ya sean contingentes, precarias y estratégicas o pasionales y fanáticas, pueden producir efectos notables, grandes cambios en la configuración de lo social. El afecto inestable deriva en representaciones metaestables; todo flujo tiene sus cortes, y estos cortes determinan en gran medida el campo de juego. El Estado orgánico trabaja permanentemente con lo relacional dinámico pero no puede descuidar la cristalización cíclica de ese magma en el resultado (insistimos: contingente pero determinante) de unas elecciones.

Cabe preguntar, entonces, qué política de los afectos es deseable para que el Estado sea siempre orgánico y nunca tecnocrático o formal. Decíamos que el rol subjetivante del Estado es fundamental y permanente. La razón de esto se impone con todo el peso de lo real: el capitalismo en su fase neoliberal no descansa. Su principal trabajo es, justamente, la producción permanente de la subjetividad con vistas a la extracción de ganancias. Esta pulsión no conoce límites. Para ella, todo puede ser monetizado. En esta carrera, el capitalismo se transformó en el gran monopolio de los afectos coronando uno en especial: el deseo de mercancías. En Argentina, el peronismo irrumpió como una experiencia que, lejos de limitar ese deseo, apostó a su transformación y conducción para beneficio de las capas populares. Una inaudita política del derrame que, lejos del adagio neoliberal, mostró que el único derrame posible es el que empieza por abajo.

Pero esto tuvo sus efectos, como no podía ser de otra manera, en el plano de los afectos sociales. Nuevos odios, nuevos resentimientos

surgieron y surgen de manera constante. La arena siempre es move-diza. Como no dejamos de insistir: para ser orgánico, el propio Estado debe ser una estructura en devenir. Las agencias de política y de publicidad tienen sus modos de capturar y modular los afectos sociales para la perpetuación del modo de vida neoliberal. Frente a esto, el organicismo de Estado sólo puede apoyarse en una creatividad y una hiperactividad siempre renovadas a la hora de activar la escucha capilar de los afectos sociales, y esa hora es siempre esta hora porque, como reza el dicho, “cocodrilo que se duerme es cartera”.

La actividad del Estado orgánico no puede ser nunca de baja intensidad. Si la lógica de los afectos implica un péndulo en el que las pasiones sociales pueden siempre derivar en su contrario, lo político debe afirmarse en una suerte de pos-afectividad que afirma la coexistencia de pasiones incompatibles, contrarias, incluso virulentamente enemigas. Una pos-afectividad que complementa y contrabalancee la posverdad en la que certezas contrapuestas conviven en el mismo individuo, en la que la coherencia no es ya un valor ni un requisito epistémico o vital. La posverdad no es sólo la negación de ciertos sectores (a veces mayoritarios conceptualmente, a veces mayoritarios numéricamente) a aceptar ciertas verdades de la ciencia, sino también una consecuencia necesaria de la falta de fundamento y el debilitamiento de las esencias. Sería absurdo, en ese sentido, que el Estado orgánico se refugie en la Verdad, que impugne los posicionamientos sociales en nombre de una iluminación o una certeza incuestionables, que muchas veces sólo ocultan una Moral, un sistema de valores que se supone objetivo pero que no es más que un disfraz para los valores mayoritarios.

Por eso, quizás la cuestión deba ponerse en el plano de los afectos. Romper la alianza entre verdad, afecto y nihilismo (“Verás que todo es mentira / Verás que nada es amor / Que al mundo nada le importa”) que se potencia en condiciones de pospandemia, con su carga de cansancio, hastío, y la suma de sinsabores que derivaron en una crisis que no tuvo oportunidades como su reverso, sólo pérdida y destrucción. En este contexto, poco puede hacer por nosotros la verdad. Quizás donde estaba la verdad pueda emerger el amor. No se trata entonces, necesariamente, de eliminar los afectos indeseables, sino de contraponerles más afectos deseables. La política de alta intensidad supone una suerte de aceleracionismo de Estado que siempre intenta salir jugando para adelante (lo que no implica, por

supuesto, que no haya circunstancias en las que el pase atrás o a los costados, o incluso el momentáneo enfriamiento del partido, resulte indispensable para preparar la salida punzante; sí implica que esos momentos deben ser lo más breves posible porque, como dijimos, el capitalismo no descansa nunca).

Se trata de buscar la fórmula química para sostener las tensiones y conducir la intensidad. Nunca apaciguar, siempre doblar las apuestas. Así, en esta ontología de lo múltiple que intenta articular la heterogeneidad de las minorías con la construcción del poder de los grandes números, el Estado orgánico no puede limitarse a una política de tapado de baches. Cuando las acciones son meros parches locales, el Estado deja de ser orgánico. Allí donde el neoliberalismo construye tabiques que separan a un colectivo de otro, a un individuo de otro, la apuesta orgánica radica en un movimiento de trasvasamiento que busca la amplificación en la conexión. Aún en el marco de su innegable insustancialidad, este trasvasamiento constante habilita una resonancia que otorga un cuerpo vigoroso al Estado orgánico. En este sentido, la escucha capilar sumada a la política de alta intensidad derivan en una economía interseccional que no reduce sino que potencia el carácter múltiple de lo social. La efectividad de estas articulaciones determina, a su vez, la traducción de ese cuerpo múltiple intensivo en la imagen momentánea de un número electoral, es decir, la expresión de los afectos en una representación unitaria que funciona como corte en el continuo.

La insustancialidad del Estado orgánico permite pensar aún una última consecuencia: no hay sujeto previo, ni en lo macro ni en lo micro. Esto implica que siempre está todo por hacer, pero también que lo hecho permanece afectado de una precariedad fundamental. No hay acción perdurable sin cuidado permanente que proteja lo conseguido. La persuasión como herramienta militante, la búsqueda permanente de la intensificación y la multiplicación de frentes de acción, resultan esenciales para la amplificación de la resonancia entre minorías potenciadas. Sólo esta interseccionalidad de las luchas asumidas desde el Estado puede transformar esos ecos en un grito potente que se plante ante las potencias disolventes del capitalismo.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea